

de Velasco, haciendo notar «que todo lo que gana la traducción de estos dos poetas en corrección y elegancia gana la de Larrañaga en exactitud.» Olagübel concluye su juicio con estas palabras: «Larrañaga tiene algunos defectos: el martilleo del romance endecasílabo llega á cansar, y hubiera hecho mucho mejor en cambiar de vez en cuando la combinación métrica; hay algunas palabras no muy escogidas que revelan el mal gusto de la época; sin embargo, hay una exactitud tan extraordinaria en la versión, conserva de tal modo las bellezas de Virgilio, que debemos estar orgullosos de Larrañaga.»

Beristain dice que nuestro poeta fué el primero que tradujo en verso castellano todas las obras de Virgilio, y se funda en que la traducción de Diego López está en prosa, y en que Cristóbal Mesa sólo había traducido en verso la Eneida; pero no las églogas ni las geórgicas. Lo primero es exacto; pero no lo segundo, pues Ochoa, en el prólogo á su traducción de las obras de Virgilio (París, 1877) explica «que Cristóbal Mesa tradujo en verso las églogas y las geórgicas, y parafraseó la Eneida.» De todos modos resulta que Larrañaga fué el primer traductor literal de todo Virgilio; de todos modos es de gran mérito la fiel traducción de un autor tan difícil como el poeta mantuano.

Padre Francisco Javier Alegre, sabio jesuita viceracuzano de que daremos razón, así como de sus obras en prosa, al tratar de los historiadores. Las poesías suyas, que se han publicado, son las que pasamos á mencionar:

«Inscripciones latinas y castellanas,» en el título del arzobispo Rubio y Salinas, las cuales se insertaron en la Relación de las exequias de ese personaje, escrita por el Br. Becerra Moreno (1766).

*Alexandriados sive de expugnatione Tyre ab Alexandro Macedone, Forolivi,* 1795, reimpresso con «La Iliada,» 1766. Este poema nos parece, por su asunto, digno de la musa épica, y por su forma, de latín elegante.

«La Iliada» de Homero, traducida en verso latino, de la cual se han hecho dos ediciones (1766, 1788). Esta obra es, entre las poéticas de Alegre, la más conocida y elogiada, trabajo excelente, de primer orden, en opinión de los inteligentes, nacionales y extranjeros, bastando citar de éstos, el ilustre nombre de Hugo Fóscolo. Menéndez Pelayo ha

puesto á la traducción que nos ocupa el defecto de ser demasiado Virgilliana. Esta observación es una de aquellas sutilezas críticas que nada significan, porque carecen de fundamento sólido, no siendo posible establecer reglas fijas para determinar dónde acaba lo justo de una imitación y dónde empieza lo demasiado, salvo que se trate de un plagio, falta literaria de que el bibliógrafo español no acusa al poeta mexicano.

Recientemente el Sr. García Icazbalceta ha publicado un libro con el título de «Opúsculos inéditos, latinos y castellanos, del Padre Alegre.» (México, 1889). Entre esos Opúsculos hay las poesías de que vamos á hablar.

«Arte poético de Boileau, en verso castellano» (Silva). Alegre declara que su traducción de Boileau no es literal, sino enteramente libre. La traducción de Boileau, por Alegre, ha sido elogiada por varios críticos como Coeto en la *Biblioteca de autores españoles*, pág. 61. Según las comparaciones que se han hecho y nosotros hemos podido hacer, juzgamos que la traducción de Alegre es inferior á la de Arriaga, pero superior á la de Madramany y á la del Dr. Salazar (Bogotá, 1728.)

Las demás poesías de Alegre, publicadas por García Icazbalceta, son estas: Cuatro sátiras y una epístola de Horacio, traducidas en verso castellano.—Traducción en verso latino del poema intitulado «Batrachomyomachia.»—«In obitu adolescentis: Epiccedium.»—«Horti dedicatio Diana.»—«Egloga, Visus.»—«In obitum Francisci Platze.»—«In obitum ejusdem.»—«Ad Joann. Berchmans Iconem.»—«Ad B. Aloisii et Koskæ Iconem.»—«Natalia Munera.»—Las poesías latinas de Alegre se recomiendan por el buen lenguaje, estilo y versificación, si bien carecen de pasión verdadera: hay en ellas más arte que sentimiento.

José Antonio Alzate.—Tratemos largamente de este sabio mexicano en la sección de los prosistas, y aquí no le citamos como poeta sino como crítico de obras poéticas: verbigracia «La Margileida» de Bruno Larrañaga y una Egloga de Virgilio traducida del latín por José Rafael Larrañaga: de uno y otro hemos hablado anteriormente. D. Bruno publicó el prospecto de una epopeya intitulada «Magileida,» referente á Fr. Margil de Jesús, y formada con versos de Virgilio traducidos al castellano, el cual



prospecto crítico rigidamente Alzate. D. José Rafael tradujo la égloga octava de Virgilio, y Alzate la comparó con otra traducción hecha por el P. Abad, dando á éste la preferencia.

D. Francisco Rojas y Rocha, natural de México, caballero maestrante de Ronda y comisario de guerra. Escribió: «La Bendición de Panzacola y Conquista de la Florida Occidental por el Excmo. Sr. Conde de Gálvez.» Poema épico. México, 1785. Rojas y Rocha es autor de poco ó ningún mérito, y sólo le mencionamos por haber emprendido obra tan difícil como un poema épico histórico: «*in magnus et voluisse sat est.*»

Rafael Landívar, originario de Guatemala; pero averdado en México donde entró á la Compañía de Jesús en 1750, cuando sólo tenía 19 años de edad. En 1767 pasó á Italia, y allí murió, 1793. Landívar se hizo notable especialmente como latinista por la obra que escribió intitulada, «*Rusticatio Mexicana*» (Módena, 1781; Bolonia, 1782): es un poema didáctico-descriptivo sobre México, geográfico, histórico, botánico, zoológico y mineralógico. Se recomienda el poema por el lenguaje, versificación, buen colorido, viveza y erudición.

En las «Memorias de la Academia Mexicana,» tomo III, página 232, se encuentra el canto primero de ese poema, traducido en verso castellano por D. Joaquín Arcadio Paganza.

Fr. José Plancarte, franciscano natural de Zamora, provincia de Michoacán, guardián del convento de Celaya, etc. Escribió: «Poema hispano latino á la Concepción de la Virgen María» (México, 1790). «Flores Guadalupanas,» sonetos en alabanza de la imagen de Guadalupe de México (México, 1785). Es una compilación de sonetos por varios poetas, entre los cuales sonetos hay algunos de Plancarte: esa compilación es la más antigua que de su clase conocemos en México. D. José Sebastián Segura dió á luz otra colección de sonetos, por autores mexicanos, dedicada al poeta Zorrilla, de la cual hablamos al tratar del P. Navarrete: tal colección tiene el inconveniente de que el editor corrigió los sonetos, donde le pareció que tenían algún defecto. Ultimamente D. José María Roa Bárcena ha publicado una obra con el título de «Acopio de sonetos castellanos»

(México, 1887; entre esos sonetos hay algunos de autores mexicanos. Creemos que los sonetos publicados por Roa Bárcena están bien escogidos; pero es de sentirse que su plan no hubiera sido más vasto, pues no insertó soneto alguno de poetas nacionales del siglo XVI, y del XVII sólo incluye á Sor Juana Inés de la Cruz, pasando de ella hasta Anastasio Ochoa que murió en 1835.

Rueda Berañejos, oculto bajo el seudónimo de Casandro. Fué uno de los poetas mexicanos intérpretes de Horacio, pues tradujo en sáficos adónicos castellanos la oda «*Pindarum quisquis*» (México, 1792). El mismo año publicó Rueda unas «Endechas en la muerte de D. Tomás Iriarte.» No la cita Menéndez Pelayo en su obra «Horacio en España.» D. José Agustín Castro, de quien Beristain dice:

Castro (D. José Agustín) natural de Michoacán, notario de aquella curia eclesiástica y notario mayor de la vicaría general del obispado de la Puebla de los Angeles, ingenio fecundo y fácil en la poesía. Escribió:

«El Triunfo del Silencio,» poema heroico de San Juan Nepomuceno, imp. en México, 1786, 4.º—«Sentimientos de la América justamente dolorida en la temprana é inesperada muerte del Exmo. Sr. Conde de Gálvez, Virrey de la Nueva España,» imp. en México, 1786, 4.º—«Acto de Contrición,» canto místico, imp. en Puebla, 1791, 4.º—«Miscelánea de poesías sagradas y profanas,» dos tomos, imp. en la Puebla, 1797, 4.º—«Poesías sagradas,» imp. en México, 4.º—«Gratitudes de un ejercitante á las misericordias de Dios,» canto místico, imp. en la Puebla, 1793, 4.º—«Poesías profanas,» manuscrito, 4.º—«Vida de San Luis Gonzaga,» en verso castellano, manuscrito.—Otras muchas poesías ha publicado el mismo autor con su nombre, sin su nombre, y con el de otro.»

Conocemos todas las obras de Castro, en verso, impresas, de las cuales hemos formado este juicio. Castro no pasa de mediano versista: sus composiciones tienen generalmente lenguaje castizo y regular versificación; pero sin numen poético, y dominando el prosaísmo. En la «Miscelánea de poesías profanas» se incluyen varias fábulas de costumbres mexicanas. Entre las poesías sagradas hay varias loas y un auto.

Castro pasó en su tiempo por hombre de gran ingenio, y



llegó á decirse de él «que en su persona había revivido Pe-trarca, y que las musas le habían coronado como príncipe en poesía.»

Luis G. Zárate.—Mexicano tan hábil para hacer epi-gramas que mereció el título de «Marcial Mexicano» según Boturini. Beristain tenía en su poder una colección de los epigramas de Zárate, y nos ha conservado el siguiente:

En predicando el prior  
Va por la calle arropado  
Aunque lo que ha predicado  
No le costó su sudor.

Si así mi musa le tupa  
Decirlo he, que es bien notorio  
Que el hace al auditorio  
Sudar más y no se arropa.

Desgraciadamente ese epigrama es un plagio del siguien-te por Góngora:

En predicando el prior  
Va por la iglesia arropado,  
Aunque lo que ha predicado  
No le costó su sudor.

Dí, si le vieres, Miguel,  
Que esto en vanagloria topa,  
Que el que lo oyó no se arropa  
Y está más cansado que él.

Véase la «Colección de autores españoles,» por Rivade-neyra, tomo 32, página 490.

Según Ortiz, en su obra «México como nación indepen-diente,» existían algunas obras manuscritas de Zárate.

Manuel Calderón de la Barca, de quien Beristain dice lo siguiente:

«*Calderón de la Barca (D. Manuel).* Mexicano, maestro de primeras letras y de latinidad. Escribió:

«Preceptos de latinidad en verso,» im. en 8<sup>o</sup>—«Justos la-mentos del clero mexicano por la ausencia de su amable Arzobispo, el Excmo. Sr. Lorenzana, promovido á la Silla de Toledo,» imp. en México, 1771, en 8<sup>o</sup>—«Octavas reales castellanas en elogio de Carlos VI Rey de España y de las Indias, premiadas por la Real Universidad de México,» imp. allí, 1791, en 4<sup>o</sup>—Este ingenio, muy desgraciado en los

bienes de fortuna, será siempre un ejemplo asombroso de la desgracia de la literatura americana por la escasez de imprentas y suma carestía de papel y costos. Por evitar éstos remitió á España, para que allí se imprimiera, un pre-cioso libro intitulado:—«Diccionario de la Fábula.»—Y el re-sultado fué perder ciento cincuenta pesos, que un amigo le prestó para enviar al impresor á Europa; y que al cabo de ocho años de no tener contestación, saliese publicado el mis-mo ó igual libro en 1783. El lo había traducido del francés, compuesto por M. Pedro Chompré, maestro de buenas le-tras en París. Acaso la traducción que se publicó en Ma-drid dicho año será mejor que la de nuestro Calderón; pe-ro él quedó privado de las utilidades que le habría produ-cido la suya, y la juventud habría logrado de 1775, aquella instrucción.»

Nosotros conocemos de Calderón de la Barca las octavas en elogio de Carlos IV, composición que no carece de mé-rito; de lo mejor que se escribió por aquellos tiempos en Nueva España.

D. José Mociño, de quien hablaremos en la sección de los prosistas. Como poeta escribió: «Descripción del Vol-cán del Jorullo en versos latinos.» Ya hemos observado en el capítulo IV que la poesía descriptiva, propiamente dicha escaseó mucho en Nueva España. El mismo Mociño fué autor de una *Impugnación* de «La Margileida» por Bruno Larrañaga, del cual hemos hablado anteriormente. Con el nombre de D. José Velázquez se publicaron de Mociño va-rias *Cartas* y *Sátiras* contra los aristotélicos y escolásticos de mal gusto. Ortiz, en su obra *México como nación indepen-diente*, califica de excelente obra la Descripción del Jorullo por Mociño.

Fernando Gavila, á quien citamos por lo mucho que figuró en clase de primer actor del teatro de México. Como poeta sólo le conocemos por una pieza dramática que escribió en verso, intitulada «La Lealtad Americana» (México, 1796). El censor de esa pieza le encontró algunas buenas cualida-des, entre ellas, guardar las tres unidades clásicas, y sin embargo apenas la calificó de regular: para nosotros es muy defectuosa, y por lo tanto, no perdemos el tiempo en analizarla. Beristain, en su Biblioteca, no menciona á Gávila.

Br. Ignacio Basurto, autor no citado por Beristain



pero que publicó unas *Fábulas morales*, (México, 1802), apenas de mediano mérito, según noticias, pues nosotros no hemos logrado ver esas fábulas.

Elvira Rojas y Roelas.—Poetisa mexicana, hija de un oidor. Escribió varias poesías, de las cuales algunas se imprimieron en los diarios de México, y otras quedaron manuscritas. Su composición más apreciada y popular fué una versión parafrásica del *Stabat Mater* (México, 1803).

Don José Miguel Guridi y Alcocer.—Daremos noticia del escritor al hablar de los oradores sagrados, y aquí sólo diremos que también figuró como poeta, habiendo dejado manuscritas varias poesías líricas y dramáticas, ó impresas, una oda y un soneto de poco mérito, en el opúsculo intitulado: «Canto de las musas mexicanas» (México, 1804).

Pedro Rodríguez y Arizpe.—No fué poeta; pero creemos conveniente citarle aquí por haber escrito una *Instrucción para hacer versos latinos* (México, 1748 y 1806). Arizpe escribió varias obras, era nativo de México y fué catedrático de latín, retórica y filosofía en el Seminario Tridentino, donde también desempeñó el cargo de vice-rector; más adelante se retiró al oratorio de San Felipe Neri, de que fué prepósito. Siendo uno de los doctores, canonistas de la Universidad de México, figuró como consultor del IV Concilio Mexicano.

Manuel Valdez — Impresor mexicano. Publicó las *Gacetas de 1784 á 1807*, y escribió diversas poesías, como romances, sonetos, elogio de Carlos IV, glorias de San Jose, etc. Fué uno de los que imitaron la famosa «Canción á un desengaño,» del P. Bocanegra. El siguiente soneto, tomado de esa canción, nos da á conocer que todavía á principios del presente siglo había en México partidarios del gongorismo.

Hermosísimas flores, que hechiceras  
Enamoráis las aves más sonoras,  
Suspendiendo los tiempos, y las horas,  
Por ser en la floresta duraderas:

¡Qué bien significáis que ya parleras  
Os saludan al alba más canoras,  
Cuando á sus ojos sois encantadoras,  
Que enmudecen sus flautas vocingleras!

Si llenas de mis penas y pesares  
Os hallárais cubiertas de temores,  
Puede que vuestras glorias singulares

Convirtiéndose fueran en rigores,  
Para que vuestros ojos vueltos mares  
Lloraran sin consuelo sus amores.

En otras poesías de Valdez le vemos muy corregido de los vicios gongorinos, aunque sin pasar de mediano escritor, y cayendo algunas veces en el prosaísmo, como en su *Bosquejo de D. Antonio María Bucarelli* (México, 1779), formado de endechas prosaicas.

Mariano Barazabal.—Natural de Tasco y empleado de la Real Audiencia. Escribió: Versos con motivo de la colocación de la estatua de Carlos IV (México, 1808.) «Trafalgar y Buenos Aires,» rasgo poético en dos cantos (México 1808.) Varias poesías publicadas en el *Diario de México*. Barrazabal pertenecía á la escuela prosaica.

José Ribera, natural de Puebla, colegial y catedrático en el Seminario de aquella ciudad, cura párroco, y más adelante presbítero del oratorio de San Felipe Neri. Varios poetas mexicanos escribieron sonetos imitando el muy popular y conocido, atribuido alternativamente á San Francisco Javier, á Santa Teresa y á Lope de Vega; pero cuyo verdadero autor se ignora. Ese soneto dió lugar en México á diversos escritos, siendo el que más ruido hizo una disertación de Ribera, respecto á la cual da Beristain la siguiente noticia: «*Disertación crítico-teológica sobre la doctrina que contiene el soneto atribuido á San Francisco Javier, que empieza: «No me mueve mi Dios para quererte.»* Manuscrito que se presentó para la imprenta. Este opúsculo suscitó en este reino una ruidosa competencia literaria, de la cual fué víctima el autor por la circunstancia de sus impugnadores; pues murió pobre ciego y sordo.» Roa Bárcena en su *Acopio de sonetos* (México 1887), inserta el anónimo que hemos citado; pero no menciona ninguna de las imitaciones hechas por autores mexicanos.

D. Luis Montaña.—Hablaemos de este escritor al tratar de los prosistas; aquí le recordamos como poeta patriótico, pues escribió lo siguiente: «Canto á la nación española armada contra Francia» (México 1808). «La Fortaleza, poema en elogio de Fernando VII» (México 1808).



«Llanto de América por el decreto que despoja al rey José Botellas de la corona de España,» papel satírico en verso (México 1808). «Oda á la gloriosa acción del Monte de las Cruces» (México, 1810). «Guanajuato invadido,» oda elegíaca (México, 1810). «Oda en elogio del virrey Venegas» (México, 1810). «Peregrinación de la imagen de Nuestra Señora de los Remedios, rasgo épico» (México, 1810). «Octavas en elogio de Fernando VII (M. S.) Las obras poéticas de Montaña son de poco mérito.

Dr. Luis Mendizábal, natural de San Luis Potosí, colegial de San Ildefonso de México, rector del colegio de San Pablo de Puebla. Merece citarse como ejemplo de poeta político-religioso de su época, pues escribió: Poema Guadalupano análogo á las ocurrencias de la Insurrección causada por el cura Hidalgo (México 1811.)

D. Francisco María Colombini y Camayori.—De este escritor dice Beristain lo siguiente: «*Colombini y Macayori* (D. Francisco María) conde de Colombini, natural de Massa di Carrara en los Estados de Modena en Italia, socio de la real academia Florentina, académico de Volterra, Correggio y Modena, y entre los árcades de Roma *Aufidio Pileyo*; correspondiente de la sociedad patriótica de Guatemala, y académico de honor de la real academia de S. Carlos de la N. E., guardia de Corps del Sr. Carlos III, capitán del regimiento de infantería veterana de N. E., sargento mayor de la plaza de México y teniente coronel retirado. Ha escrito: «Canto endecasílabo al nacimiento de los Infantes Gemelos de España.» Imp. en Madrid por Pacheco, 1783, y traducido al italiano por D. Cristóbal Martelli, maestro del Autor. Imp. en Luca, 1784. «Las glorias de la Habana: Poema.» Imp. en México por Ontiveros, 1798, 49 «La América (*escribía el mexicano Sartorio aprobando esta obra*) puede complacerse de que la culta Arcadia haya empleado una de sus zamponas en su honor y alabanza.»—«Querétaro triunfante en los campos del pueblito: Poema histórico sagrado de la milagrosa imagen de Nuestra Señora del Pueblito.» Imp. en México por Ontiveros, 1801, 49—El Illmo. Fr. Antonio de S. Fermín censurando esta obra, escribía así: «No me atrevo á decir que sea un poema sin tacha por miedo á los gramáticos, á los críticos y á los versimuladores, que son una gente difícil de conten-

tar.... Pero respira piedad y una devoción muy tierna á la Madre de Dios.... Esto es usar como se debe de la poesía.... y de aquí resulta al autor, sin pretenderlo, el renombre de poeta mariano, epíteto ciertamente muy glorioso, y que no se le puede negar sin injusticia.»—Visitas á Nuestra Señora del Pueblito.» Imp. en México.—Romance endecasílabo con motivo de la gloriosa revolución de España contra el tirano Napoleón: dedicado á los fidelísimos mexicanos.» Imp. en México por Jáuregui, 1808, 4, reimpr. tercera vez.—«Canto á la formación de los tres Batallones de Patriotas distinguidos de Fernando VII.» Imp. en México, 1810.—«Canción patriótica en elogio del General D. Félix Calleja, y de su ejército victorioso.» Imp. en México 1811. «Canción patriótica con motivo de haberse publicado en México la constitución política.» Imp. all.—«Elizondo en Acatita de Baján: Oda.» Imp. en México.—Es un elogio del valeroso capitán americano, D. Ignacio Elizondo, que sorprendió y aprisionó en las provincias internas á los principales jefes de la insurrección de este reino, Hidalgo, Allende, etc.—M. S., que he visto, del conde Colombini, preparados para la prensa: «Reflexiones militares, escritas en francés por Monsieur Boussanelle, Caballero del Orden de S. Luis, Maestro de Campo y Socio de la Academia de Beziers: traducidas al castellano.»—«El camino del cielo abierto para los militares: discurso cristiano impreso en francés en León de Francia, año 1701; puesto en castellano.»—«La más heroica resistencia á sus enemigos: valor y lealtad de España, admiración del mundo: Poema histórico, político, crítico y moral, con Notas. Primera parte en seis cantos, que comprende desde la famosa causa del Escorial, hasta la salida de los franceses de Galicia.»

Beristain no cita una composición de Colombini impresa en 1815 intitulada: «Invektiva fraternal cristiana á nuestros desgraciados hermanos los rebeldes de esta Nueva España. Canto endecasílabo político, crítico, histórico moral.» Es tanto más notable que Beristain no citase este canto cuanto que fué censor de él, y su censura se imprimió al frente de la obra, con elogios á Colombini más bien que á su composición. Sin embargo, las producciones del escritor que nos ocupa fueron muy celebradas en su época. Para nosotros, Colombini no pasa de mediano versista: perteneció á



la escuela prosaica, y su mérito se reduce á uno que otro trozo de regular versificación. Merece con todo llamar la atención como ejemplo de los poetas patrióticos que aparecieron en Nueva España á principios de este siglo, en sentido favorable á los españoles: recuérdese lo que hemos dicho sobre el particular, al comenzar el presente capítulo. Por muestra de los versos de Colombini copiaremos la introducción del canto citado:

Traidores de la patria y de Fernando,  
de un Monarca tan grande ingratos hijos,  
enemigos del cielo y de la tierra,  
hombres, en fin, sin leyes ni principios:  
monstruos horrendos, negros corifeos  
y Congreso diabólico de impíos,  
que á la turba que os sigue ciegamente  
pretendís arrastrar al precipicio;  
máximas y proclamas publicando,  
y forjando unas Leyes ¡qué delirio!  
que sólo tiran á destruir el Trono,  
el Altar y la Fe de Jesucristo;  
os hablo, oídme atentos, la palabra  
que aunque lleno de penas os dirijo,  
es como á hermanos, cuyo bien deseo  
y eterna salvación: justo motivo  
que os obliga á escucharme, mayormente,  
si en vuestras almas queda algún indicio  
ó reliquia, diré, de aquella santa  
religión en la cual habéis nacido.  
Sí: la verdad os hablo. ¿No escucháis  
de nuestra España los alegres himnos  
que publican al mundo el lauro y fruto  
de su valor y triunfos conseguidos?  
¿El eco fiel de las aclamaciones,  
de los vivas y cánticos festivos  
que tributa al Señor de las batallas,  
por Fernando á su Trono restituido,  
no os mueve, desgraciados, ni os despierta  
del criminal letargo de los vicios  
y del sueño funesto de la muerte  
en que os tienen las furias del abismo?

\* \*

José Joaquín Fernández Lizardi.—Este escritor, así como los siguientes, son de transición, es decir, pertenecen á la época colonial y á la independiente, pero figu-

ran aquí porque, más bien son de la primera época, ya por su escuela, ya porque el todo, la mayor parte, ó lo más importante de sus obras poéticas se escribieron cuando aun dominaban en México los españoles. En el mismo caso se encuentra Sartorio, capítulo VIII. De Fernández Lizardi daremos noticias al tratar de los novelistas, y aquí sólo hablaremos de sus obras en verso que pueden reducirse á cuatro clases: fábulas, piezas dramáticas, letrillas satíricas y composiciones varias.

Durante el período colonial algunos poetas escribieron fábulas sueltas, según hemos visto en los capítulos anteriores y el presente; pero colección especial de composiciones de esa clase sólo conocemos la de Basurto, mencionada hace poco, y otra de Fernández Lizardi, de la cual se han hecho varias ediciones, la primera en 1817 y la última en 1866. Las fábulas de Fernández Lizardi son apreciables, pues aunque tienen defectos de forma y resabios de la escuela prosaica, en lo general cumplen con los preceptos del arte, y además algunas de ellas se recomiendan por la circunstancia de ser de un gusto nacional, pues figuran animales de nuestro suelo, y se reprenden vicios ó defectos propios del país.

Las piezas dramáticas del autor que nos ocupa son las siguientes:

*Pastorela* en dos actos, de la cual se han hecho varias ediciones.

*El unipersonal de Iturbide* (México, 1823), monólogo en verso endecasílabo.

*El negro sensible*, melodrama en dos actos y en verso (México, 1825). Sólo el segundo acto es de Fernández Lizardi.

*Auto Mariano*, en verso y un acto, para recordar la aparición de la Virgen de Guadalupe (México, 1842).

*La tragedia del padre Arenas* (Puebla, 1827), pieza alegórica en verso y cuatro actos. Esta tragedia se escapó á las investigaciones del ilustrado joven González Obregón, en el opúsculo que ha escrito sobre Fernández Lizardi, y sus obras (México, 1888).

Las piezas dramáticas del escritor, objeto de estas líneas, son interesantes por sus argumentos; pero en la forma defectuosa. Con sus *letrillas satíricas* sucede lo mismo: generalmente no carecen de gracia, y lo que reprende son malas costumbres locales, así como los vicios del sistema co-



lonial; pero dominando una mala versificación, lenguaje y estilo prosaico, vulgar y aun bajo.

Las poesías varias de nuestro autor pueden subdividirse en dos clases, las serias y las jocosas. A éstas debemos aplicar iguales observaciones que á las *tétrilas*. En las poesías serias domina también, relativamente, el gusto prosaico; Fernández Lizardi rara vez se eleva, como en el *Himno á la Providencia*, imitación de Horacio.

Resumiendo. Las mejores poesías de Fernández Lizardi son sus *Fábulas*, pues en ellas, salvo las excepciones, hay mérito literario en la idea y en la forma.

De sus demás composiciones, en verso, pueden entresacarse algunas medianas; pero por lo común sólo tienen valor los argumentos, en el punto de vista religioso, moral, político y reformista, como veremos adelante, parte segunda de este libro; Fernández Lizardi fué, en diversas materias, uno de los primeros reformadores mexicanos. En general hablando, sus obras tienen un mérito indisputable, *color nacional*.

No ponemos aquí ejemplo, de las *Fábulas* porque andan en manos de todos; pero sí copiaremos dos sonetos, uno jocoso y otro serio. Por ellos verá el lector confirmado nuestro juicio. El primer soneto se publicó al fin del *Pensador Mexicano*, primer volumen (1812). El otro vió la luz pública más adelante, al terminar un opúsculo sobre asuntos religiosos.

Aquí, pluma, te cuelgo de esta estaca;  
Apago á mi candil el triste meco;  
Derramo mi tintero poca á poco,  
Y la arenilla vertiôla en la cloaca.

Trueco mis cuatro libros por chancaca,  
Porque de nada sirven á un motroco,  
Que si á un *Quijote* saben volver loco,  
A un pobre *Pensador* harán matraca.

No soy demente, no; cargue otro el saco  
Mientras á sacristán yo me dedico;  
Ya probé de mi espíritu lo flaco,

Y no quiero preciarme de horrico;  
Y pues para escritor no valgo tlaco,  
Sacristán he de ser y callo el pico.

## DESAGRAVIO Á NUESTRA SANTA RELIGIÓN CONTRA EL FANATISMO.

O santa religión inmaculada!  
¡Consuelo del cristiano religioso!  
Tú al infeliz conviertes en dichoso,  
Y nos haces la muerte afortunada.

¿Quién no te ha de adorar? mas ¡qué ultrajada  
Te miro del hipócrita ambicioso,  
Del fanático necio, del rijo, y  
Y de la turba mal intencionada!

¡Cuánto te ultrajan, religión! ¡ó cuánto!  
Los hipócritas viles y bribones.  
Ellos ocultan con tu augusto manto

Su codicia, interés y otras pasiones,  
Y al oír de la verdad el eco santo,  
Entredichos desean y excomuniones.

No estará de más copiar aquí también, como muestra de las poesías satíricas de Fernández Lizardi aceptables, aunque con defectos, la intitulada «Ninguno diga quién es, que sus obras lo dirán.»

Pues en carnestolendas  
Se venen tantas.  
Máscaras en las calles,  
Lonjas y plazas.  
Quiero mi máscara  
Vender las mascaritas  
Que muchos usan.

## MASCARA I.

Con máscara de español  
Un mulato se presenta,  
Y parece en lo que ostenta  
Que no lo merece el sol;

Si por su dicha ó su maña  
Ha adquirido algún dinero,  
Piensa que es tan caballero  
Como el monarca de España.

Mientras mas le favorece  
La suerte y le da caudales,  
El desdén á sus iguales  
Y á los nobles aborrece.

Pero por más que él en sí  
Piense creer que es bien nacido,  
Ya todos tienen sabido  
Que es negro carabafí.



## MASCARA II.

Con un vestido brillante  
Y un hablar desenfadado,  
Se presenta enmascarado  
Por sabio algún ignorante.

Y aun en la conversación  
Que no entiende, palofada,  
Habla mucho y dice nada  
Por sostener su opinión;

Pero por más que se esponje  
Por pasar por entendido,  
Todos tienen bien sabido  
Que el hábito no hace al monje.

Y más que le dé coraje,  
Yo le diré que es más necio,  
Si cree se le debe aprecio  
Por la apariencia del traje.

## MASCARA III.

Quizá un señor currutaco  
Esta máscara se pone,  
Pues por más que se compone  
No trae en la bolsa tlaco.

Con casaca y sin camisa  
Y brillo de señoría,  
Suele andar á medio día  
Oliendo donde se guisa.

Sin convite y de sorpresa  
Se encaja en una visita  
Esta pobre mascarita  
Para comer de gorrón

El ser pobre no es pecado  
Ni hay quien lo pueda decir;  
Pero es simpleza fingir  
De rico un pobre pelado.

## MASCARA IV.

Con la máscara de amigo  
Suele esconderse el traidor:  
La experiencia, esto mejor  
Lo dice que yo lo digo.

¡Cuántos pobres son despojos  
De esta máscara maldita,  
Por creer en la cascarita  
De las voces y los ojos!

Al pobre de Don Fulano  
Hace el traidor mil lisonjas  
En su casa, y en las lonjas  
No le deja hueso sano.

Aspides disimulados  
Son éstos entre las flores;  
Y sin duda son los peores  
Entre los enmascarados.

## MASCARA V.

Máscaras, si lo reparas  
Tienen también las mujeres,  
Pues en varios pareceres  
Saben hacer á dos caras.

Máscaras, á cada rato  
Suelen mudar con primor,  
Máscara tienen de amor  
Y máscara de recato.

Máscara de compasión,  
Máscara de celos tienen,  
Y si acaso les convienen,  
Máscaras de devoción.

Máscaras tienen de honradas;  
Máscara de coqueillas;  
Máscara de muy sencillas  
Y máscara de ilustradas.

Máscara de bachilleras,  
Máscara de humilde llanto,  
De ira, de dolor, de espanto,  
De vengativas y fieras:

En fin, de las señoritas  
(No de todas) de las más;  
Si cuentas bien, no podrás  
Contarles sus mascaritas.

## MASCARA VI.

Con máscara de devoto  
Se esconde el vil usurero:  
También al ladrón casero  
Su mascarita le noto.

Numerar no solicito,  
En fin, tanta hipocresía;  
Que quererlo hacer sería  
Proceder en infinito.

Pues por tan distintos modos  
Veo disfraces importunos,



Pocos serán ó ningunos  
Si no se enmascaran todos.

El gato esconde en la mano  
La uña hasta que ve al ratón;  
Pero cuando hay ocasión  
¿No las saca el escribano?

El sastre y el zapatero,  
Procurador, relator,  
El boticario, el doctor,  
Demandante, vinatero.

Y otros..... que no quiero hablar  
Ni quitar créditos, pues  
Viene la enuresma, y es  
Preciso irse á confesar.

Doña María Josefa Mendoza.—De esta poetisa manifiesta Beristain lo siguiente: natural de la ciudad de Santa Fe de Guanajuato. Escribió: «Cánticos devotos sobre los cuatro Novísimos: Muerte, Juicio, Infierno y Gloria.» (México, 1802). De la misma escritora dice D. José Rosas: «Célebre poetisa, nació en los últimos años del siglo XVIII y murió en los primeros del presente. Fué la primera que cantó la Independencia nacional.» (Reseña histórica, etc. de Guanajuato. México, 1876).

Don Juan Wenceslao Barquera.—Vino al mundo en Querétaro el año 1779, hijo de padres nobles, originarios de Asturias. Hizo sus estudios en el colegio de San Javier de su patria, en el de San Buenaventura de Tlalteolco y en el de San Ildefonso de México, en cuya Universidad se recibió de abogado. Dió á luz en los *Diarios de México* diversas poesías con seudónimos, y dejó tres comedias manuseritas, intituladas: «La delincuente honrada ó Poli Baker;» «La seducción castigada;» «El triunfo de la educación.» Barquera publicó el *Diario de México*, durante varios años hasta 1813, y algunos periódicos literarios. También escribió un «Curso de literatura para las señoritas» y varios opúsculos políticos en sentido favorable á los españoles. Sin embargo, después de la Independencia le vemos publicando una *Oda á la Libertad*, dedicada al General Victoria, primer Presidente de la República Mexicana. Esa oda no carece de mérito, guardando el término medio conveniente entre el gongorismo y el prosaísmo: fué premiada en el certamen que el colegio de San Ildefonso dedicó al re-

ferido Presidente, Abril, 1825. No sólo Barquera, sino otros poetas de transición como Sartorio, Azóarate y el más conocido Sánchez de Tagle, cantaron á los Reyes de España y después á los héroes de la Independencia. Tagle mereció premio por una oda dedicada á Carlos IV en *elogio de la lealtad mexicana*. Se encuentra en el opúsculo «Cantos de las Musas mexicanas.» (México, 1804). Lo mismo que los poetas mexicanos han hecho los de otros países: los demócratas Víctor Hugo y Lamartine, que batieron palmas en honra del príncipe de Chambord, han cantado después el alborar de la República. Más antes, Lebrun había celebrado sucesivamente al incrédulo Voltaire, al cristianísimo Luis XVI, á los republicanos verdugos de éste, á Bonaparte general, cónsul y emperador. «Todo el mundo es como nuestra casa,» decía el Dante. En la sección relativa á los oradores daremos más noticias de Barquera.

Presbítero Don Manuel Gómez Marín.—Colegial y catedrático de teología en el Seminario Conciliar, doctor por la real Universidad, vice-rector del Colegio de Minería, etc. Nació en San Felipe del Obraje, 22 de Mayo 1761, y murió en México el 7 de Julio 1850. Fué hombre de buen ingenio y muy instruido en ciencias, varios idiomas y bella literatura, y tan profundo en la experimental física, como en la abstracta teología. Tuvo la honra de haber iniciado en el Seminario el estudio de la filosofía moderna, la filosofía de la observación. En el colegio de Minería fué catedrático de lógica, y en su casa daba lecciones de latín á ricos y pobres. En 1817 ingresó á la congregación de San Felipe Neri de México, á la cual perteneció hasta morir. Escribió: Oda y canto en elogio de Carlos IV, premiados por la Universidad, 6 impresos en la colección intitulada «Obras de elocuencia y poesía (México, 1791); Incripciones latinas y epigramas á la estatua de Carlos IV y odas castellanas al Marqués de Branciforti (México, 1796). El *Currucao* por alambique, poema satírico contra los jóvenes que se precian de elegantes (México, 1799 y 1839). Inscrición latina y romance endecasílabo descriptivo de la plaza de México y estatua de Carlos IV, premiados: fueron impresos en 1803. Incripciones latinas y castellanas para el catafalco erigido á honra del Sr. Lizana, en el templo de la Santísima Trinidad de México. También escribió Gómez Marín algunas



oraciones sagradas, dejando fama de elocuente orador, así como un libro de *Meditaciones*, muy apreciado de los devotos.

Como muestra, no sólo de las poesías de Gómez Marín sino del gusto que dominaba en su tiempo, vamos á copiar el canto en elogio de Carlos IV, premiado por la Universidad y sacado de la colección citada anteriormente «Obras de elocuencia y poesía.» Se verá que no hay gongorismo, pero sí poca inspiración, color prosaico y algunas incorrecciones. Gómez Marín y los de su especie no son verdaderos poetas sino versistas eruditos; sin embargo, en el *Diccionario de Historia* publicado en México por Andrade, se considera á Gómez Marín como poeta de primer orden, error que siguió Sosa en sus *Biografías de mexicanos distinguidos*.

Quando Zeuxis, pintor tan celebrado,  
Copió de Elena el rostro primoroso,  
De otros muchos sacó con gran cuidado  
Cuanto en ellos halló de más hermoso:  
Así logró que al lienzo trasladado  
Un semblante quedara tan gracioso,  
Que ya Elena no fué la retratada.  
Fué la hermosura misma la copiada.

Yo movido de un hecho tan prudente,  
E imitando de este hombre la cordura,  
De los héroes más grandes diestramente  
Quiero formar también otra figura:  
Las historias recorro diligente,  
Y de ellas tomo para la pintura  
Los más esclarecidos é inmortales,  
Que á servirme van ya de originales.

¡Ah si pudiera, oh Zeuxis, este día  
Obtener de tu ingenio la nobleza!  
Pero ¡cómo mi pobre fantasía  
Emula podrá ser de tu viveza!  
Disculpa, sí, disculpa la osadía  
Con que quiero imitarte en la destreza,  
Que se logra tal vez un gran intento  
Al esfuerzo de un noble atrevimiento.

Animo, pues, fuera desconfianza,  
En vano es el temor, no me detengo,  
Pues que alientan del todo mi esperanza  
Tantos Reyes ilustres que prevengo,  
Cuyas proezas me inspiran sin tardanza  
Aquellas ideas altas que no tengo;

Y no hay duda que en siendo la-idea rica,  
Elocuente el pincel también se explica.

He aquí á la vista el célebre guerrero,  
Glorioso Emperador, Rey vigilante  
De nuestra España Carlos el primero,  
Victorioso en Milán, en Roma, en Gante;  
Cuyo increíble valor y cuyo acero  
Le hizo tan excelso y tan triunfante,  
Que cansando sus proezas á la fama,  
Viva el gran Carlos Quinto sólo exclama.

De este héroe insigne, luego que medito  
Sus Glorias inmortales, ya contento  
Me ocupo en el bosquejo, y solicito  
Copiar su grande espíritu y aliento:  
Nuevo diestro el pincel, y tanto imito  
Su empeño, su eficacia y ardimiento,  
Que con toda verdad decir se puede,  
Que al mismo original la copia excede.

¡Oh qué bulto he sacado tan airoso!  
¡Qué robustez de miembros, qué firmeza,  
Serio el semblante, siempre majestuoso,  
Y contalla todo él en la viveza!  
Prometiendo un espíritu tan brioso,  
Y un ánimo tan grande en fortaleza,  
Que será en las batallas más temible,  
Que lo que fué aquel Carlos invencible.

Paso á otro Rey la vista diligente  
Por dejar acabada la figura,  
Y en Felipe Segundo hallo fielmente  
Ser su propio carácter la cordura:  
Gózome del invento, y diestramente  
Esta prenda coloco en la pintura;  
Sabiendo ya que un héroe es más glorioso  
Cuando une lo discreto á lo animoso.

Maa ¡oh qué campo tan inmenso ofrece  
La serie de los ínclitos Borbones!  
Fecúndase la mente, y no apetece  
Más que estar ponderando sus acciones;  
Pues tanto amor en ellos resplandeco,  
Tantos triunfos, laureles y blasones,  
Que si á estos héroes el pincel imita,  
Ningunas otras proezas necesita.

Mírase luego al punto la clemencia,  
De aquel Borbón ilustre figurada,  
Que no olvida el amor y la prudencia  
En los golpes más fieros de su espada:  
Aquel Felipe, sí, que la insolencia



Dejó de sus contrarios castigada;  
Mas dando á un tiempo su piadosa mano  
Pruebas de que era padre y soberano.

¿Y un hecho tan glorioso y distinguido  
Acreedor á un eterno nombramiento,  
Podría yo sepultario en el olvido?  
Eso no, gran Felipe; antes intento  
El dejar mi retrato ennoblecido  
Sirviéndome tú mismo de instrumento:  
Tu clemencia traslado con empeño,  
Y mirad cuanto realza á mí desdeño.

Mi júbilo aún es más inexplicable,  
Cuando, al ir otros lienzos observando,  
Descubro aquella paz inalterable  
De los Reyes D. Luis y D. Fernando,  
Pues de su mansedumbre inimitable  
Tantos rasgos de amor voy acopiando,  
Que may breve verán en mi figura  
Junta la tempestad con la dulzura.

¿Pero qué es, oh gran Zeuxis lo que miro,  
Que todo absorto y trasportado quedo?  
Groseras líneas sin aliento tiro;  
È imitar tus primores ya no puedo:  
Tímido de la empresa me retiro  
Sin llegar á mover siquiera un dedo.  
Mas no, me animes no, dejad que un tanto  
Mis ojos se desaboguen con el llanto.

Viendo estoy aquel Rey tan excelente,  
Que ya en paz descansando está glorioso,  
Aquel campeón ilustre tan valiente,  
Tan benigno, tan sabio, tan piadoso,  
Tan grande en todo, pues que justamente  
Todo lo fué quien fué tan religioso:  
Aquel .... iba á nombrarlo; más ¿qué, intento  
Renovar el dolor y el sentimiento?

Al silencio su nombre le encomiendo,  
Pero no su virtud tan celebrada;  
Pues con mayor esmero estoy haciendo  
Por dejarla aquí al vivo retratada:  
¡Oh cuánto su piedad está haciendo  
Entre tantas virtudes colocada!  
Y con esto acabé, pues es constante  
Que quien dijo virtud dijo bastante.

Así es á la verdad, ya está cumplido  
El dibujo en que tanto he trabajado;  
Y quisiera por ver lo que ha salido,  
El ponerme algún trecho retirado:

Un paso retrocedo, ¿mas qué ha sido,  
Oh soberbio pincel, lo que has pintado?  
¿Qué Héroe es este tan noble y tan discreto,  
Que no puedo mirarle sin respeto?

Es Carlos Cuarto; en cuya real persona  
Se ven tantas virtudes contenidas,  
Cuantas la misma fama nos pregona  
Que en seis Reyes se hallaron esparcidas:  
Y pues vuestra es la imagen que eslabona,  
Oh Señor, unas prendas tan cumplidas,  
Aceptadla, oh monarca soberano,  
No atendiendo á los yerros de mi mano.

No habríamos caracterizado bien á Gómez Marín, si no observásemos que su composición jocososatírica *El «Currutaco por alambique»* es, en su línea, superior á las poesías serias del mismo autor, cuyo temple era más á propósito para el tono medio que para el elevado. «*El Currutaco por alambique*» se recomienda por su gracia, naturalidad y fluidez. Ya hemos dicho que se imprimió dos veces, y ahora agregamos que se insertó además en un Calendario que lleva el título de la sátira (1855.) La censura del «*Currutaco*» la han hecho otros poetas, v. g. Iriarte en el soneto que comienza *Levántome á las mil como quien soy*. . . . De más importancia literaria, sobre el mismo asunto, es el poema de *Parini, Il Giorno*.

Juan Francisco Azcárate y Lezama. — Nació á mediados del siglo XVIII en la ciudad de México, donde hizo sus estudios. En 1790 se matriculó en el Colegio de Abogados de la misma ciudad. Fué conciliario de la Universidad, Fiscal, Vicepresidente de la Academia de Jurisprudencia y regidor honorario del Ayuntamiento. A nombre de éste, hizo una representación al Virrey Iturrigaray, amigo y protector de Azcárate, con motivo de la intervención de Bonaparte en los negocios de España: en esa representación se sostenía, que la renuncia de los monarcas españoles eran nulas, y que la soberanía residía en todas las clases de la sociedad. La caída de Iturrigaray envolvió en la desgracia á Azcárate, considerado como uno de los representantes del partido llamado Americano ó Independiente, en contraposición con el Español ó Europeo: se le redujo á prisión, se le formó proceso, y hasta los tres años, en 1811, fué puesto en libertad por medio de un fallo que le decla-



raba «en la buena opinión y fama que se tenía de su honor y circunstancias antes de los sucesos de 1808.» Después de la Independencia, cuya solemne acta firmó Azcárate, fué miembro de la Junta Provisional Gubernativa, y nombrado por Iturbide ministro plenipotenciario en Inglaterra, á donde no llegó á ir: en las administraciones sucesivas desempeñó varios cargos, Ministro del Tribunal de la Guerra, Síndico del Ayuntamiento, etc. Como abogado particular alcanzó la confianza de numerosos clientes. Murió en Enero de 1831. Publicó Azcárate á principios de este siglo, algunas odas y otras composiciones poéticas de mediano gusto, muestras más de buen juicio que de inspiración. Igualmente dió á luz varios opúsculos en prosa, dejando manuscritos «Breves Apuntes para la historia de la literatura de Nueva España,» y un «Ensayo panegírico é histórico de los sujetos distinguidos en México.» Como muestra de las poesías de Azcárate, vamos á copiar una paráfrasis de Ovidio, inserta en el opúsculo «Cantos de las Musas mexicanas,» publicada con motivo de la colocación de la estatua ecuestre de Carlos IV (México, 1804).

Felices illi, qui non simulacra, sed ipsos,  
 Quique Deum coram corpora vera vident.  
 Quod quoniam nobis invidit inutile Fatum,  
 Quos dedit ars vultus, emigensque colo.

Felices y dichosos

Los que á sus Reyes miran,  
 Pues la Deidad adoran  
 En su persona misma.

No por eso más leales  
 Ni más fieles se digan,  
 Que aquellos que separa  
 El hado de su vista.

Amar lo que se ve  
 Fineza es conocida;  
 Mas lo que no se ha visto  
 Es empresa más digna.

Esta es, ¡oh Mexicanos!  
 La que tanto os sublima;  
 Sin conocer á Carlos  
 En vuestro pecho habita.

Es la que las naciones  
 Conocen y publican,

Y la que Carlos premia  
 Con su estatua divina.

Ya vencistes el hado,  
 Dobladle la rodilla;  
 Para que la adoréis,  
 El arte le da vida.

D. Francisco Conejares. — Originario de Navarra, de donde pasó niño á Nueva España. Estudió Humanidades, Filosofía y Jurisprudencia en el Seminario de México, y en esta ciudad recibió la borla de doctor. Dió á luz las siguientes poesías: Consolación, canto en la dolorosa prisión de Fernando VII. Oda á la lealtad mexicana (México, 1803). Oda en el cumpleaños del Virrey Venegas (México, 1810). Canciones patrióticas en sentido favorable á la dominación española. Oda á la Virgen de Guadalupe (México, 1810). En prosa, publicó Conejares una declaración contra los adictos á la Independencia de México, y un resumen histórico sobre el Brigadier Don Juan Martín por sobrenombre el Empecinado.

Después de la Independencia, Conejares fué Abad de la Colegiata de Guadalupe, y escribió un poema que por su argumento ha obtenido cierta popularidad en el país. Se refiere al inagotable asunto religioso de la aparición de la Virgen de Guadalupe, con este título: «La Maravillosa Aparición de Santa María de Guadalupe, ó sea la Virgen Mexicana» (México, 1853). El mérito de este poema es puramente negativo: su autor no hizo uso de los afeites gongorinos ni fué enteramente prosaico; pero la obra carece de inspiración, su estilo es, á veces, demasiado llano, y contiene versos mal medidos. En lo general hablando, á las historias en verso que tenemos sobre la Virgen de Guadalupe, á las crónicas y biografías religiosas rimadas de la Nueva España pueden aplicarse las siguientes observaciones de un crítico moderno: «Los ensayos que se hicieron para crear una poesía verdaderamente cristiana fueron sin duda coronados de un éxito feliz en el género lírico, en los cantos y en los himnos, porque esos cantos y esos himnos son efecto de un sentimiento particular é inmediato, y porque sus autores encontraron un modelo natural en los himnos sagrados de los hebreos; pero los ensayos más grandes que se hicieron para exponer poéticamente el cristianismo, no alcanzaron



ningún resultado digno de atención, como sucedió también más tarde con frecuencia, porque la forma de poesía que se tomaba de los antiguos poetas para tratar asuntos cristianos no les convenía, y porque no presentaban de consiguiente semejantes obras, más que una composición muerta, más que ideas sometidas en verdad, á una medida y un ritmo, pero enteramente privadas de la vida y del genio de la poesía. >

## CAPÍTULO XI.

*Biografía de D. Anastasio María Ochoa.—Examen de sus poesías.—Observaciones generales.—Nota.*

El poeta de quien vamos á tratar en el presente capítulo es de transición, por haber comenzado á escribir desde la época colonial; pero nosotros le consideramos como de la independiente, porque durante ésta figuró mucho más. En el mismo caso se encuentran Ortega y Sánchez de Tagle.

No comprendemos en qué sentido se ha dicho, al hablar de las poesías satíricas y jocosas de D. Anastasio María Ochoa, que eran un género *exclusivamente suyo* (*Dic. de historia, etc.* México, 1856). Si nos remontamos á la literatura antigua, encontramos que, según Aristóteles, Homero escribió la *Margites*, poema satírico; y que entre los romanos, Enio perfeccionó la sátira dándole una forma propia y bien determinada. Si descendemos á la literatura española, vemos poesías satíricas del Arcipreste de Hita en el siglo XIV. Si tan sólo nos fijamos en la *letrilla satírica* (el género á que Ochoa se dedicó principalmente), los nombres de Gongora, Quevedo y otros poetas responden de su procedencia; y aun en México hemos visto, capítulo I, que desde el siglo XVI hubo poetas que escribieron sátiras. Ochoa conoció indudablemente los poetas satíricos de las principales literaturas; pero parece que su autor favorito y aun guía fué D. José Iglesias Casa, cuya celebridad la debe á sus epigramas y letrillas satíricas.

El verdadero mérito de Ochoa consiste en haber escrito algunos sonetos y diversas letrillas del género referido, de tanta importancia como las mejores producciones de la misma clase que tiene la literatura española, así es que Ochoa debe considerarse como el mejor poeta satírico y jocosos de